

# Bibliografía

---

## ANGELES Y DEMONIOS EN LA MEDICINA

---

Ruy Pérez Tamayo, *Serendipia. Ensayos sobre ciencia, medicina y otros sueños*, Siglo XXI Editores, México, 1980, 236 páginas.

Jean Hamburger, *Demain, Les Autres*, Flammarion, París, 1979.

“Las hormigas pueden hacer todo lo que los hombres hacen, menos ver televisión.”

Lewis Thomas

El siglo XX, como muchos parcelamientos históricos, es una mixtura de ironías y paradojas. Una de ellas: nunca antes las ciencias habían avanzado tanto en cantidad y calidad; y sin embargo, las inclinaciones anticientíficas jamás presentaron el apremio de hoy. Al lado del amor por la ciencia aparece el romanticismo (¿o el esnobismo?) anticientífico. El investigador levanta sentimientos encontrados: se le admira y se le odia; se le premia y se le aborrece; lo condecoran y lo persiguen. Esta ambivalencia es tolerable en países que han logrado madurez científica; no ocasiona daño crítico. Mas en países de incipiente tradición e institucionalización del quehacer indagador, esta ambivalencia mata lo que todavía no ha nacido, y si acaso ha nacido, le causa un raquitismo tal vez incurable.

Esta colisión de sentimientos y actitudes constituye uno de los hilos comunes en las obras de Pérez Tamayo y de Hamburger. Los dos son médicos, y los dos desbordan los límites de su profesión a fin de sugerir ideas generales en torno a la compartida e ilimitada devoción por la ciencia.

Los estilos difieren, sin embargo. Ruy Pérez Tamayo es chispa argumentativa y pulcritud literaria. Reconoce divertidamente que su libro carece de unidad temática (p. 7), pues “sólo” pretende aflojar la sonrisa mediante una miscelánea de reflexiones y apuntes festivos. Dice: “Las cosas que realmente me gustan no son tema habitual de plática, y mucho menos en público” (p. 11).

Se trata, en verdad, de una colección heterogénea de ensayos. Pérez Tamayo aborda tanto la índole de la ciencia

como los problemas del enfermo desahuciado. Lo que le imprime cierta unidad es la ironía rabiosa y elegante. Para un historiador o sociólogo de la ciencia, muchos de los trabajos aquí reunidos serán superficiales, fragmentarios, incompletos. Pero no son inútiles. Añaden ángulos y colorido.

Para este patólogo la ciencia es un salto cuántico de la imaginación (p. 20); y la medicina, una mezcla de estudio serio, de arte intuitivo y de magia incontenible. En este contexto Pérez Tamayo podría haber introducido a Malinowsky o a Koestler; aun sin ellos, la caracterización es básicamente cierta.

Más adelante, en el ensayo sobre religión y ciencia, el autor detecta tensiones fundamentales, tanto cognoscitivas como institucionales. Para probarlas, expone el caso de Galileo. Aquí Pérez Tamayo trastabilla: las tensiones existen, pero también las afinidades. Newton, por ejemplo, dedicó a la cábala más tiempo y atención que a la mecánica; y es sabido que el protestantismo creó ambientes intelectuales cómodos a la actividad científica. Aun en la España antirreformista los clérigos guardaron destellos de ciencia. Y una disciplina entera (la genética) tiene deuda con un paciente sacerdote. El maridaje ciencia-religión es, por tanto, muy complicado. Transparenta amor y odio, disonancia y complementariedades.

Pérez Tamayo el médico aparece con particular relieve en el escrito sobre el enfermo crónico y el enfermo desahuciado. Asienta con firmeza: “los enfermos crónicos existen porque no sabemos curarlos” (p. 85). Si la investigación fuera más fina, estos pacientes saldrían pronto de su quebranto. Esta idea se engarza con otra: el objeto de la medicina es “lograr que el hombre muera joven y sano, lo más tarde que sea posible” (p. 85). Esta definición se deriva de tres supuestos: la medicina debe ser preventiva; la vida humana tiene valor cualitativo, y la muerte es inevitable. A este último respecto apunta: “Todos estamos desahuciados. Tarde o temprano, todos sucumbiremos, todos llegaremos a ese límite más allá del cual ya no se es” (p. 94).

En este mismo ensayo, Pérez Tamayo presenta el problema del enfermo incurable: ¿hay que decirle la verdad? ¿tiene el médico la prerrogativa de mentirle? Y responde: puede engañarlo, u oscurecer la prognosis, cuando la verdad produce (en el enfermo y en la familia) más daño que su ocultamiento (p. 100).

Su conferencia sobre la muerte es muy floja. Abunda en hechos conocidos. Patólogo al fin, parece desconocer investigaciones sobre victimología, ceremonias del duelo y de la despedida final, y otras formas de anunciar la muerte. Este trabajo podría haber sido omitido.

Por otro lado, el ensayo sobre la "serendipia" interesará a muchos que desconocen el fenómeno; y los que conocen lamentarán que Pérez Tamayo no haya ido más lejos, auscultando las conexiones entre la búsqueda deliberada y el descubrimiento accidental, entre el ambiente propicio y la puntería científica.

A mi juicio, el trabajo más alto de esta obra es "Un Rashomón mexicano". Allí el autor presenta los rostros y las versiones del Investigador, del Administrador (de la ciencia), del Economista Razonable, y del Político de Altura (p. 168 y ss.). El multidialógico entre ellos conduce al caos, que no remedia ni la entrevista con el Director del "Nohaydineryt" (p. 175). Debido a esta babel de miradas, la investigación cae estrepitosamente. En forma más explícita, Pérez Tamayo asevera que tres factores atentan en México contra la investigación: el anémico rango social del investigador, la remuneración mermada y la discontinuidad institucional (p. 204 y ss.). O como se diría en forma más general para América Latina: aquí el investigador avanza dejando la investigación. . .

Detrás de estas ironías yace una crítica lacerante a las instituciones de un país que, privilegiado por la naturaleza, no ha sabido, sin embargo, crear una infraestructura creativamente engarzada con los centros mundiales de investigación. De hecho, domina una cultura anticientífica.

Por su lado, Hamburger choca en este mismo terreno con los Iván Iliches y contra las efervescencias orientalistas y naturistas. En la introducción, como en el resto del libro, se capta la influencia de Thomas Kuhn metido (¡francés al fin!) en Claude Bernard. Hamburger repasa las decepciones respecto a la modernidad. Decepciones que golpean a la medicina y a la ciencia en general.

Este nefrólogo ilustra con las particularidades de su especialidad. El riñón artificial —cuya historia puntualiza— insufla esperanzas a enfermos que antes morían prematuramente. Para él se trata de un progreso casi absoluto. Hamburger no se detiene en preguntarse si la diálisis, por ejemplo, no crea una dependencia tecnológica excesiva (que hoy pretende atenuarse con aparatos domésticos). Asimismo, no considera la relación no-relación entre médicos y pacientes, cuando éstos se convierten en objetos dolientes de protocolos y manipulaciones.

Hamburger cree en la acumulación científica sin reserva alguna. Insiste en la fraternidad universal y republicana de los hombres de ciencia. En la marcha y en la acción hay altibajos, pero el rumbo es positivo.

El capítulo 3 tiene interés particular. Allí el autor sostiene que la investigación pertenece necesariamente a una élite, a una minoría. Muchos son llamados, pero pocos escogidos. La ciencia es para todos, pero no puede ser hecha por todos. Exige requisitos especiales: talento, dedicación, lucha y tor-

mentosa obsesión. La democracia es un ideal político, más no científico.

Con el fin de ilustrar las tendencias encontradas en la pugna investigadora, Hamburger echa mano a una ficción literaria: Aristomus y Calminacos dialogan sobre la medicina, el dolor, la senectud y la muerte. Este expediente (estrenado por Platón y seguido por Galileo) le permite refiltrar el optimismo científico que abunda en su obra: Hamburger no se plantea dudas, alternativas, o probables complementos y sinergismos. Sólo cree en el paradigma occidental.

Y sin embargo, Hamburger apunta también la importancia médica de la realización existencial. Si la vida carece de significado, la muerte ataca más rápido. El enunciado psicoanalítico "nos morimos cuando queremos" tiene, para este autor, varios átomos de verdad.

En suma, dos obras que iluminan los nexos entre investigación y realidad, entre ciencia y medicina, entre el dolor humano y el ambiente deshumanizado. Hamburger es en este contexto más ortodoxo, más convencional y más optimista que Pérez Tamayo. La diferencia no estriba aparentemente sólo en una disparidad de temperamentos; las matrices sociales de cada uno son desiguales. Hamburger se mueve en medio de un aparato científico institucionalizado, estable, apto para resistir revueltas pasajeras; Pérez Tamayo vive dentro de turbulencias anticientíficas, ávido de un punto de reposo aunque sea accidental y transitorio. Hamburger está en un centro de la investigación; su colega se debate en la periferia. De aquí que este cotejo interesará no sólo a la comunidad de médicos, sino a cualquier estudioso serio de los condicionamientos dispares del empeño científico. *Joseph Hodara.*

---

## LOS CAMPESINOS, ENTRE LA MARGINACION Y LAS POSIBILIDADES DE UN CAMBIO RADICAL

---

Arturo Warman, *Ensayos sobre el campesinado en México*, Editorial Nueva Imagen, México, 1980, 216 páginas.

Por fortuna, en los últimos años abundan los estudios sobre los problemas del campo. El análisis profundiza en aspectos no percibidos con anterioridad y, paralelamente, la creciente complejidad *real* de las actividades agropecuarias impulsa a los investigadores a ampliar su perspectiva y a poner de relieve la interpenetración dinámica de grupos sociales y rubros económicos. Esta profundización gradual ha aportado resultados positivos, cuando todavía son frecuentes las apreciaciones simplistas y los planteamientos vulgares e imprecisos que pretenden explicar hechos complejos mediante simples generalizaciones. Es así que meras alusiones al "desplome agrícola" o al contrastante "dinamismo de la pequeña propiedad *vis à vis* la regresión ejidal", sin profundizar de verdad en el análisis, son declaraciones surgidas de esquemas de investigación enmohecidos. Es decir, resultan inaceptables los ensayos que descansan en meras referencias intemporales e inespaciales; la realidad rural tiene especificidades que el trabajo de campo revela y que induce variantes en los métodos de investigación de los problemas sociales.

Por otra parte, resulta lógico que los avances de la investigación aporten apreciaciones extremas. Así, la cuantificación exhaustiva toma la forma de abrumadora prolijidad. Con agudeza se ha señalado el riesgo cierto de confundir la información estadística abundante con el análisis económico; esta confusión es antípoda de la otra variante: el discurso, la fraseología insustancial que con apreciaciones subjetivas pretende simular el rigor científico. A nuestro parecer, en el vasto campo de los análisis rurales se han corporizado ambos extremos, acaso más acentuadamente el que pretende, con vitriólico afán, “poner al imperialismo en su justo sitio”. Cabe agregar que si esa sana intención tiene sus aspectos favorables, a menudo demerita trabajos valiosos por los excesos con que se lleva a efecto. Ante la ola militante, con frecuencia superficial, que recurre a las citas de autores célebres, no resulta menos discutible la aparición de trabajos que satisfacen la simplicidad cuantitativista de algunos estudiosos, para quienes la *precisión* en las variables significativas es *el objeto* de la economía; lejos están de la sensata apreciación de Marshall sobre las matemáticas y su carácter de *instrumento para el análisis*.

Pocos investigadores pueden correr el riesgo de reunir ensayos redactados a lo largo de casi un decenio (muy cambiante, por lo demás), que persiguen caracterizar problemas agrarios que, al combinar sus manifestaciones, se vuelven asaz complejos. Y todavía son menos los investigadores que pueden salir airosos en esa tarea. Arturo Warman lo logra con singular éxito y de paso permite la revisión de criterios y planteamientos ante los aires oficiales renovados que han llevado a pretendidos radicales a adoptar un vergonzante reformismo y a recios agraristas, según la iconografía actual, a formular planteamientos modernizantes que destruirían a los grupos sociales por los que se dice lucharon.

Los temas tocados por Warman, necesariamente reiterativos, volverían monótona la descripción de su secuencia; conviene destacar entonces los puntos relevantes. Resultan interesantes sus consideraciones sobre las prácticas agrícolas y sus efectos diversos sobre el equilibrio biótico, aspecto que lastimosamente se soslaya más en la práctica que en la teoría. Al mencionar las loadas ventajas de la modernización en el campo, eleva una crítica implícita a la proclive tecnocratización que trota incansable en los ámbitos de la administración rural. Revalúa las dificultades para *demonstrar* el carácter histórico dinamizador de la lucha de clases, esa “vieja y respetable idea”. Aporta una perspectiva rural que no ha sido ahondada: las áreas rurales nucleares, las controladas y las periféricas, la cuales, vinculadas dialécticamente, imprimen al campo sus características actuales.

El autor señala la innovada forma de operar el neolatifundio. Este, legalmente inexistente, cobra una auténtica prepotencia en el campo. Warman se refiere a sus modalidades y a los estímulos jurídicos que lo auspiciaron y cuestiona la posibilidad, manejada por utopistas actuales, de asociar campesinos y empresarios, “tiburones y sardinas”, cuya existencia y evolución resultan contrapartidas precisas. También destaca el carácter precedero y debilitado del neolatifundio, puesto en evidencia por los cambios en la estructura productiva que basa su rentabilidad en la represión del salario y de la renta de la tierra. Revela las medidas adoptadas por las sociedades campesinas para resistir el embate del mercado y la exacción que éste supone. Ante la

intensificación de las contradicciones entre esas sociedades y grupos reducidos de capitalistas, tales medidas permiten la sobrevivencia de las relaciones campesinas tradicionales.

Con certeza alude el autor a los esfuerzos estatales colectivistas durante el sexenio anterior que cobraron fuerza verbal, aunque sus promotores soslayaron la situación de los potenciales beneficiarios: la imprecisión generalizada caracterizó a los programas oficiales. Los resultados fueron magros; implícitamente se pretendió justificar esa pobreza con la declarada carencia de entusiasmo popular, escondiendo apenas el juicio paternalista y concluyente: “un buen gobierno con un pueblo inadecuado”. No obstante, se vocearon los éxitos, aun cuando éstos cobraron relativo vigor donde el neolatifundio había “colectivizado” previamente vastas tierras ejidales, mediante el arrendamiento ilícito. Revalúa Warman las soslayadas prácticas colectivistas entre campesinos, las cuales, siendo *ancestrales*, y precisamente por eso, ejemplifican la organización de las comunidades. Sólo la miopía tecnocrática las puede creer arcaicas, cuando las advierte, o declararlas inexistentes cuando ni siquiera logra percibir las. El autor del libro comentado maneja una hipótesis estimulante para las organizaciones campesinas que resulta un cuestionamiento muy duro de los esfuerzos gubernamentales: el actual rescate autónomo del colectivismo por los grupos campesinos, al margen y aun en contra de inapropiadas paútas burocráticas.

Warman presenta un ensayo definitorio en que analiza la disyuntiva entre lo agrícola y lo agrario, frente a la magnitud de la crisis actual. Sus señalamientos llevan a conclusiones nítidas: la política agraria se ha visto subordinada a la agrícola. Sin ambages, señala: “la entrega de la tierra durante el cardenismo tuvo efectos importantes sobre la producción agropecuaria. . . Ninguno de ellos fue negativo”. En los años recientes intuye la puesta en práctica de frustrantes decisiones *formales*: “Echeverría sustituyó el código respecto al reparto de la tierra”; las innovaciones giraron en torno a *criterios empresariales* que se intentan imponer en las actividades ejidales. En tanto, la exacción del campesino se acentúa: por más trabajo que dedique, su producción es incierta, costosa e insuficiente, y la máxima remuneración posible está muy por debajo de la que obtendría trabajando afuera. Para paliar esta angustiosa situación social se intentan ciertas medidas: el uso de superficies crecientemente marginales, la intensificación en las mejores áreas que han logrado retener los pueblos y la venta de trabajo. Sin embargo, no se logra resolver una crisis severa que se expresa en “una reducción de la ocupación con remuneración aceptable”. Por otra parte, Warman niega las agónicas posibilidades del reparto agrario por la carencia de tierras: “no es verdad —dice— que falten tierras que repartir, sobre todo si dichas posibilidades se analizan en marcos concretos, en zonas agrícolas definidas”. Al respecto destaca la simulación que las estadísticas agrarias no captan, los arrendamientos, etc., y pone el dedo en un aspecto neurálgico: la imposibilidad de sustituir o tener por agotada la política agraria.

En el más polémico de los ensayos, el estudioso sopesa “el potencial revolucionario del campesino mexicano”. Mediante una sucinta revisión de vínculos entre las organizaciones campesinas y el resto de la sociedad mexicana aporta señalamientos que difieren de tesis sostenidas por marxistas ortodoxos. Coincide, empero, con esta última corriente al



cuestionar la viabilidad de la colectivización oficial y la proclividad tecnocrática actual y se aleja de los planteamientos de la izquierda en cuanto al futuro papel del campesinado: "único sector con posibilidad de acción revolucionaria contra el industrialismo en sus áreas periféricas". De acuerdo con Wolff, considera al campesino "capaz de destruir un sistema, pero no parece estar en posibilidad de tomar el poder y crear un nuevo modelo de desarrollo para la sociedad". Warman, sin embargo, destaca la interesada exageración de esos rasgos de las sociedades campesinas puesto que postula sus posibilidades subversivas, aun considerando el frecuente traspaso del poder a otros sectores: "como sucedió en México en 1910". Remata con planteamientos ácidos para el pensamiento teórico marxista, según el cual el campesino no tiene posibilidades como tal, y cree que los casos de China y Vietnam demuestran lo contrario. En otras palabras, señala la esclerosis marxista ante el emergente "submundo" rural.

No deja de esgrimir argumentos harto cuestionables, tales como postular que "la legislación agraria mexicana es bastante clara..." Este postulado, por ejemplo, resulta discutible ante la tortuosa y rectificadora legislación que, con sus lagunas e imprecisiones, propicia jugosas ganancias de transnacionales, arrendatarios y simuladores, los cuales, ágilmente, se acogen a los beneficios del amparo. No obstante, entre sus planteamientos cobra primacía una tesis que, por su valor y solidez, reinstala en su lugar justo el problema de la tierra y del campesino: *la insoslayable necesidad de realizar en México un nuevo reparto agrario*. Uno de los trabajos inéditos incluidos en el libro permite perfilar sus diferencias sensibles con otros analistas que identifican al campesino con épocas arcaicas, considerándolo una reminiscencia en extinción. De paso, alude Warman con ironía campirana a quienes confiados en la mágica programación lineal imbuyeron en los ámbitos intelectuales del país la firme convicción de que para 1975 "estaríamos inundados de excedentes de productos agropecuarios". Justamente se trata de los años en que las importaciones masivas empezaron a agobiar al país. Reitera el carácter explotado del campesino y la miopía de los promotores de la organización campesina que desconocen la realidad inextricable de los vínculos familiares y su trascendencia en el proceso económico. Enjuicia Warman estos aspectos de manera novedosa y muy alejada de las cansinas referencias de otros autores a casos específicos. Denuncia la incompreensión de los técnicos oficiales, cerrados ante las actitudes renuentes de los campesinos, que sólo se explican como "resistencia al cambio"; la reinterpretación de lo que significan esas actitudes merece incorporarse a los criterios formativos de quienes intentan trabajar con las comunidades. Simultáneamente, el autor cuestiona el generalizado concepto de la promoción oficial para organizar a las comunidades, elevado a la categoría mágica de panacea, y que ignora la desconfianza campesina en un sistema que en contados casos ha cumplido las promesas tantas veces reiteradas.

El conocimiento directo de múltiples comunidades y medios rurales permite a Warman cuestionar la pretendida prevalencia de la proletarianización campesina. Aunque la considera como categoría inadecuada para un medio social complejo, no niega, en manera alguna, el carácter dominante del capitalismo en el campo. En éste como en otros aspectos sobre el tema, Warman mantiene criterios inconciliables con

los marxistas ortodoxos. Por tanto, hay aquí un amplio campo de potencial polémica, cuyo buen desarrollo resultaría muy fructífero. Al estudiar las tesis más difundidas sobre el proletariado rural e identificarlas como funcionalistas, concluye que esa posición "no puede ser considerada como un análisis marxista" y reitera la validez del proceso actual que reconstituye al campesinado. Finaliza la obra con un ensayo sobre las clases rurales que, como lo hace explícito el autor, discurre en la temática de los anteriores trabajos. Reitera en él los nexos entre el campesinado y la sociedad y las modalidades creadoras de utilidades para otros grupos sociales; asimismo, insiste en que la exacción de que es objeto el campo condiciona y lastra al capitalismo imperante en el país.

El libro aporta diversos frutos para los estudiosos del tema. Ratifica la posibilidad intelectual de reunir materiales publicados y lograr que la reiteración derive en tesis depuradas cuyas expresiones se insertan en el dodecaedro de los problemas rurales. Convalida Warman la severidad del análisis cualitativo, ausentes los cuadros estadísticos que en otros analistas intentan suplir el rigor analítico. Sostiene criterios centrales contrarios a las corrientes del pensamiento marxista ortodoxo, en las que advierte una irredenta esclerosis. Con ello abre las más sólidas posibilidades de confrontación teórica. Por otra parte, incita a reflexionar con profundidad creciente sobre el campo y los campesinos, convidados de piedra al banquete modernizante con el que los tecnócratas creen resolver todos los problemas. A diferencia de éstos, que en sus posiciones más recalcitrantes quisieran cancelar hasta la más remota posibilidad de que hagan acto de presencia en el rumbo de países pretendidamente definidos por las clases urbanas y el industrialismo acelerado, Warman sostiene que los campesinos todavía tienen mucho que hacer y mucho qué decir. *Rubén Mújica Vélez*.

---

## MARGINALIDAD O SUPEREXPLOTACION

---

Jorge Alonso (ed.), *Lucha urbana y acumulación de capital*, Ediciones de La Casa Chata, México, 1980, 485 páginas.

El título que se comenta en esta nota es uno de los jalones más significativos de lo que pudiera llamarse la "nueva" ciencia social latinoamericana. Ante todo, es preciso subrayar que fue escrito por un grupo de investigadores personalmente identificados con el devenir de la colonia Ajusco, en el Distrito Federal, comunidad que es base del estudio. Los datos, en consecuencia, no fueron recogidos en una efímera serie de visitas esporádicas. Como se dice en el último capítulo, la información sobre esta colonia urbana pudo reunirse gracias a que varios investigadores del grupo residieron en ella por largas temporadas. Estos científicos sociales fueron observadores y actores del drama urbano que analizan en el libro.

La identificación personal con el objeto de estudio no ha creado deformaciones extracientíficas; tampoco ha desfigurado los datos. El claro compromiso personal de los investigadores con la causa de los colonos es más bien una garantía de la exactitud de sus observaciones. El mismo futuro incierto de la colonia fue un acicate para que trataran de

captar todos los hechos significativos con el máximo de objetividad. El auténtico rigor científico —al menos en las ciencias sociales— está más emparentado con el compromiso activo y personal del investigador que con la neutralidad positivista frente al objeto de estudio.

Este largo y sostenido compromiso con la colonia Ajusco es el que explica dos rasgos fundamentales del estudio. El primero es el objetivo concreto de la investigación: superar la apariencia de “marginalidad” social que, hasta geográficamente, parece caracterizar a esta colonia, mediante el descubrimiento de los mecanismos sociales en los que se apoyan las élites financiera y política para integrar a estos “marginados urbanos” en el proceso de acumulación capitalista de México.

El segundo es su capacidad para reorientar oportunamente su meta inicial, así como las técnicas específicas de la investigación. En un principio intentaron “descubrir las ‘nuevas clases’ que produce el capitalismo dependiente” (p. 12), pero el desarrollo de la investigación los convenció de que, “más que de nuevas clases o marginados, se trataba de procesos complejos” (*ibid.*). Asimismo, es significativo destacar —sobre todo por tratarse de antropólogos— su apertura científica para percibir la insuficiencia de las técnicas de investigación tradicionalmente antropológicas, como los estudios de caso, y para adoptar técnicas complementarias, tales como las encuestas aplicadas a una muestra científicamente seleccionada.

El objeto de la investigación es la colonia Ajusco, situada al sur de la ciudad de México, en la Delegación de Coyoacán. Aunque en el capítulo 2 se proporciona una información exhaustiva acerca de la localización e instalaciones con que cuenta, ésta sólo constituye el escenario indispensable para comprender “las distorsiones propias del desarrollo del capitalismo [que] se hacen más evidentes en las economías dependientes por la dinámica del capitalismo a nivel de sistema y de formación social” (p. 15).

La comprensión y superación del “fetichismo” de la marginalidad urbana es posible gracias a la óptica adoptada en relación con el proceso de acumulación del capital. Como se indica en la introducción (p. 16 y ss.), “hablar de qué sucede con la acumulación de capital es hablar de qué le pasa a la clase obrera si aumenta el capital”.

Para penetrar en la problemática social generada en la colonia Ajusco a partir de 1950 se requiere, además, centrar la atención en la fase imperialista del capitalismo mundial y, más específicamente, en las peculiaridades que presenta la acumulación del capital en los países periféricos.

Según los autores, las deformaciones que el capitalismo monopolístico engendra en los países dependientes-subdesarrollados son estructurales y afectan a la reproducción de la burguesía y del proletariado, como clases. Por ello en la investigación se da más importancia a los procesos sociales que influyen en el surgimiento y evolución de las clases proletarias en México, sobre todo en las que habitan en las “colonias marginadas” de la metrópoli mexicana.

Las clases trabajadoras de México sufren, hoy día, las

contradicciones creadas por las relaciones desiguales con las naciones industrializadas. Los países centrales, con la colaboración de las élites mexicanas, buscan contrarrestar la ley tendencial de la baja de ganancia mediante la *sobreexplotación* de los trabajadores.

El análisis de dichas características estructurales tiene muy en cuenta la sugerencia de Kautsky de que “el desarrollo capitalista en la agricultura [de los países periféricos] había dado a luz fenómenos nuevos que no encajaban del todo en las interpretaciones clásicas” (p. 24). Surge, así, un “nuevo campesino” que por un lado trabaja “para su casa” y por otro para el mercado. Los autores se apresuran a señalar, a renglón seguido, que estas “nuevas” formas no son una transferencia de las formas precapitalistas, sino que forzosa-mente son originadas por las necesidades del capital. El aspecto central es que gracias a ellas, el modo de producción capitalista en América Latina satisface sus propias necesidades “sin haberse visto obligado a separar a los productores [agrícolas] de los medios de producción. Pero le ha quitado a los productores el real control de estos medios” (p. 26).

La investigación se centra en el proletariado urbano, particularmente en los trabajadores que, debido a sus bajos ingresos y a la escasez creciente de viviendas baratas en la ciudad de México, tuvieron que emigrar hacia la periferia de la metrópoli. Así pues, estas masas ingentes de “nuevos” residentes urbanos no han podido ser asimiladas a la manera tradicional, ni por la estructura urbana ni por la ocupacional. Proliferan así productores de plusvalía como los trabajadores a domicilio, en diferentes tipos de talleres y maquilas. Lo importante es subrayar que estas “deformaciones” del capitalismo periférico son un producto de las contradicciones engendradas por el capitalismo monopolista que ha frenado el desarrollo autónomo del capitalismo en los países periféricos. Con referencia a estos trabajadores, tal vez el rasgo crucial sea que tanto el gran capital como el Estado son capaces de volcar sobre ellos un conjunto de gastos y responsabilidades que en los países capitalistas centrales recaen sobre los industriales y el Estado.

Con excepción de los capítulos 1 y 2, que son de carácter meramente introductorio y descriptivo, el resto de los capítulos está orientado hacia la comprobación de la tesis central; es decir, la demostración de que estos trabajadores “marginados” están plenamente integrados al proceso de acumulación de capital en México.

El capítulo 3 es quizá el más convencional de todo el libro; está dedicado a los procesos migratorios de los trabajadores. Con base en el ejemplo de otros autores, el análisis se refiere, primero, al lugar de origen y, después, a la colonia Ajusco como punto de llegada. Los resultados coinciden básicamente con los obtenidos por otros autores, que utilizaron muestras grandes de la población, científicamente seleccionadas. Sólo con este trasfondo adquieren mayor relevancia sus conclusiones de tipo cualitativo, que en rigor únicamente son válidas para los casos procedentes de Nahuatzen y de Ciudad Hidalgo, estudiados más detenidamente.

El núcleo y el aporte decisivo de este volumen para la comprensión —y por ende, superación— de la marginalidad urbana, se encuentran en los capítulos 4 y 5. Advirtamos,

empero, que también en estos capítulos se trata de estudios de caso, lo que no permite llegar a afirmaciones generales.<sup>1</sup> Empero, sí es un valioso análisis cualitativo que, en nuestra opinión, deberá orientar las futuras investigaciones sociales de la marginalidad urbana en América Latina.

En el capítulo 4 se analiza la proletarización disfrazada y su significación para la acumulación. El estudio se efectúa en dos niveles; en el primero, general y estadístico, se intenta precisar el tipo de inserción de los habitantes de Ajusco en el mercado de trabajo. La importancia no dimana de haber encontrado altos porcentajes de desempleados y subempleados, ni de comprobar que ambos fenómenos cumplen una función en la baja salarial. Como lo indican los autores, es en el segundo nivel donde radica el aporte más relevante, al tratar de “descubrir si se han generado *formas nuevas* por las que [estos grupos] siguen siendo palanca importante para la acumulación, en la situación específica de nuestros países” (p. 157).

El análisis estadístico se basa en los datos proporcionados por el censo de 1970, complementados con los obtenidos por los propios investigadores, mediante una encuesta que realizaron en 1977. A la luz de su objetivo fundamental —descubrir el papel de los habitantes de Ajusco en el proceso de acumulación del capitalismo mexicano—, un descubrimiento básico es el alto número de trabajadores *aparentemente* independientes: artesanos, maquileros, dueños de comercios, etc. Estos trabajadores independientes se concentran casi por completo en el sector secundario y en el comercio. Por su parte, el análisis evolutivo —o generacional— de las estadísticas indica que en la colonia Ajusco el porcentaje de trabajos *aparentemente* independientes tiende a aumentar.

Ambos resultados son cruciales para la tesis central del libro, ya que la teoría no-marxista de la marginalidad podría objetar (p. 183) que estos trabajadores independientes colaboran sólo “marginamente” al proceso de acumulación de capital en México. La respuesta a esta posible objeción se realiza en dos apartados, que constituyen la médula de la investigación: la segunda parte del capítulo 4, donde principalmente se analizan los talleres maquileros, y el capítulo 5, en el cual se estudian los pequeños comercios.

En lo que respecta a los talleres maquileros, con base en estudios de caso se muestra que dichos trabajadores independientes están plenamente subordinados y explotados por el capital, porque los dueños del taller-matriz para el que laboran, son los que controlan la adquisición y el corte de la materia prima. Dicho control permite afirmar que, a pesar de que los maquileros no están totalmente proletarizados (pues son los dueños de las máquinas y del terreno), sí “están separados del medio de producción fundamental, y así se ven obligados a vender su fuerza de trabajo como su única fuente de ingreso” (p. 198).

1. Tal vez sea oportuno indicar que los resultados sobre el funcionamiento de los talleres domiciliarios de costura en Ajusco coinciden plenamente con los datos encontrados por nosotros en una investigación de la industria doméstica de la costura en ciudad Nezahualcóyotl. La muestra, en nuestro caso, consistió en 200 costureras domésticas. La investigación será publicada por la Universidad de Puebla en 1981 (*Las costureras domésticas de Nezahualcóyotl. La superexplotación femenina en una zona urbana marginada*).

En contrapartida, el dueño del taller-matriz es el único verdadero empresario capitalista, aunque no posea la totalidad de los medios de producción: extrae y se apropia la plusvalía generada por el trabajo de los maquileros.

Podría preguntarse qué ventajas obtiene el dueño del taller-matriz con esta peculiar organización de la producción. La respuesta es que más que se duplica la tasa de plusvalía. Mientras que las tasas de plusvalía nacional y de la rama de producción de ropa en general son de 4.38 pesos, por cada peso invertido en salarios, el análisis de algunos talleres maquileros demuestra que en ellos la tasa de plusvalía es de 10.17 pesos.

Apoyados en estos datos, los investigadores sacan varias conclusiones que, en nuestra opinión, debieran ser paradigmáticas para el análisis de la marginalidad social en América Latina.

1) Si estos obreros no están plenamente proletarizados es porque el capital saca grandes ventajas de la proletarización disfrazada.

2) Los obreros maquiladores no pueden producir sin subordinarse al capital.

3) Esta relación obrero-patrón, además de grandes ventajas económicas para el último, genera ventajas políticas, pues difícilmente estos trabajadores adquieren conciencia de clase, tanto por su dispersión geográfica como por su tendencia a considerarse “pequeños” empresarios.

El capítulo 5 proporciona conclusiones semejantes con respecto a los pequeños comerciantes. A partir de ciertos estudios de caso, los investigadores concluyen que “los pequeños comercios no son intermediarios independientes, sino que son empleados encubiertos de las grandes empresas, siendo los encargados de la venta al detalle” (p. 216). La extraordinaria proliferación de dichos comercios se explica por su triple funcionalidad:

a] Para el comerciante, por ser una fuente de trabajo.

b] Para el cliente, por la cercanía y elasticidad del horario.

c] Para la empresa productora, porque encuentra un comerciante que le realiza la plusvalía a un bajo costo.

Estos comercios tienen características comunes, ya se trate de tendajones, misceláneas, papelerías o pequeñas tiendas de diverso tipo (excepto los concentrados en el mercado) y sólo son minoristas, que se abastecen en buena parte por la red de distribución de los productores. En cambio, los muebleros y los expendedores de materiales de construcción, así como algunos comerciantes de los mercados, son verdaderos intermediarios; es decir, son capaces de comprar la mercancía fuera de la colonia y revenderla en la misma (p. 244).

En definitiva, los capítulos 4 y 5 llevan a una misma conclusión: los habitantes de la colonia Ajusco, aparentemente “marginados” por su situación geográfica, son en realidad superexplotados. Tanto en la producción como en el



consumo esta comprobación lleva a preguntar cómo sobreviven, aspecto que se aborda en el capítulo 6.

Además de los resultados que se exponen, este capítulo es relevante por ser un intento de profundizar en un objeto social básico, aunque tradicionalmente menospreciado por la sociología marxista. Los autores insisten en un doble punto de partida: primero, el análisis estructural en términos de clase social, y de instituciones definidas por intereses de clase, no excluye las consideraciones de orden personal; segundo, esta toma en consideración del orden personal debe estar encuadrada en una perspectiva de clase, para no caer en la ilusión ideológica positivista de que es posible disgregar la estructura social en unidades y compartimentos aislados e independientes.

De ahí que la relevancia de este capítulo no se origine en la descripción de los principales *mecanismos de subsistencia* entre los colonos (ahorros, préstamos, visitas a amigos, etc.), ni en la explicitación de las relaciones en que se realizan (parentesco, paisanaje y compadrazgo), sino en la habilidad para mostrar el contenido de clase de sus tácticas de subsistencia.

En este sentido, el capítulo 6 constituye una respuesta acertada a Larissa A. de Lomnitz,<sup>2</sup> quien estudia minuciosamente las redes de interrelación del orden personal y grupal de los "marginados", aunque en su perspectiva empirista la "marginación" resulta de "una falta de integración al sistema económico urbano industrial".

Es cierto que ambas investigaciones, la editada por Alonso y la de Lomnitz, coinciden en detectar el papel insustituible que las redes de parentesco, compadrazgo y vecindario desempeñan en la supervivencia de los residentes de las respectivas colonias. Empero, entre ambas producciones científicas existe una diferencia abismal. En efecto, no basta con afirmar —como se hace en los dos trabajos— que la necesidad obliga a la gente a buscar mecanismos de supervivencia en redes más compactas. Es preciso dar un paso más y señalar la estructura causal de la que surgen estas relaciones de subsistencia. La perspectiva teórica adoptada por los investigadores de la colonia Ajusco es la que les permite afirmar que, "tanto los mecanismos como los contenidos de las redes, siendo producto obligado de la explotación capitalista sobre los habitantes, se revierten de nuevo en beneficio de la burguesía industrial, comercial o terrateniente, puesto que aprovechan mano de obra, tienen un mercado interno donde colocar gran variedad de productos y reciben pago de renta de la tierra" (p. 269).

La descripción y análisis de estas redes de subsistencia, con el trasfondo de las estructuras urbanas y ocupacionales presentadas en los capítulos precedentes, permiten que en este capítulo se concluya que "estas redes de supervivencia redistribuyen las consecuencias de la explotación, pero no llevan necesariamente a la gente hacia una actitud organizativa frente a la agresión de la burguesía capitalista" (p. 299).

Surge así la conexión entre el carácter personal de las relaciones de subsistencia con el político y supra-individual,

2. *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo XXI Editores, México, 1980.

con lo cual se completa el círculo dialéctico compuesto con los niveles estructurales (migración, ocupación, vivienda) y personal (redes de supervivencia), y nuevamente estructural, pero de orden político.

En los dos últimos capítulos se investiga este factor político con el fin de explicar por qué los habitantes de la colonia Ajusco, a pesar de las redes personales que tejen entre sí, difícilmente llegan a crear una organización de clase para defender sus intereses. En el capítulo 7 se desarrollan los mecanismos políticos de que se vale el Estado mexicano para lograr que el problema de la tenencia de la tierra (y de la vivienda) permanezca como una demanda de subsistencia, sin que dé pie a la concientización y la lucha de clases. En el capítulo 8 se reconstruye el "surgimiento y desarrollo de un movimiento popular en torno a los problemas suscitados por la regularización de la tierra". Es importante subrayar que, en ambos capítulos, los complejos procesos descritos están manejados con un extraordinario lujo de detalles: fechas, periodización de las principales fases del proceso, nombres de los líderes y de las asociaciones involucradas, puntos y temas discutidos en cada momento.

La conclusión de este análisis del proceso político es que la lucha no supera el carácter reivindicativo, al nivel de consumo. Por tanto, los conflictos se pueden calificar como secundarios o periféricos, por cuanto no ponen en tela de juicio el origen estructural de la demanda.

Al reconocer los aportes decisivos que el presente volumen recoge para la comprensión de la marginalidad urbana en México, es necesario indicar que la forma de presentación elegida puede no ser la más conveniente. En efecto, los autores se enfrentaban a un dilema. La primera posibilidad, que al parecer es la elegida, era publicar en un solo volumen los aspectos más relevantes de todas las investigaciones llevadas a cabo por el equipo. El resultado es un voluminoso libro, que por su extensión y precio está fuera del alcance de un amplio círculo de estudiosos. La ventaja obvia es que las diversas facetas que integran la marginalidad urbana se han podido presentar en su concatenación lógica y estructural.

La segunda posibilidad habría sacrificado la extensión en aras de la penetración. Si el libro hubiera estado referido exclusivamente a los procesos industriales y comerciales, los capítulos 5 y 6 podrían haber constituido el eje de la investigación, con lo cual se habrían abierto mayores perspectivas para el análisis de la causalidad histórica y social de los diversos procesos involucrados. A este primer tomo deberían haber seguido otros semejantes, en los que se hubieran podido discutir en profundidad los procesos estudiados en los diversos capítulos: las redes de supervivencia, las luchas por la tenencia de la tierra, los conflictos políticos, etcétera.

Es cierto que los investigadores insisten repetidamente en que su intención primordial es sugerir hipótesis heurísticas que orienten futuras investigaciones. En varios capítulos, sin embargo, han ido mucho más adelante, porque han superado el nivel meramente descriptivo y han abierto el camino hacia una interpretación histórico-estructural de la mal llamada "marginalidad social" en las formaciones sociales latinoamericanas. José A. Alonso.

---

**obras recibidas**


---

- Max Adler  
*El socialismo y los intelectuales* (con un ensayo introductorio de Leonardo Paggi, "Intelectuales, teoría y partido en el marxismo de la Segunda Internacional – Aspectos y problemas"), trad. del italiano de Alfonso García y del alemán de Manuel Planas, Siglo XXI Editores, México, 1980, 285 páginas.
- Carlos Arellano García  
*La diplomacia y el comercio internacional*, Editorial Porrúa, México, 1980, 222 páginas.
- Banco de España  
*Informe anual 1979*, Madrid, 1980, 345 páginas.
- Jaime Behar  
*Economía política de la integración regional uruguaya*, Research Paper Series, núm. 24, Institute of Latin American Studies, Estocolmo, 1980, 137 páginas (mimeo.).
- Gerald J. Bender  
*Angola: mito y realidad de su colonización*, trad. del inglés de Carmen Bassols Batalla, Siglo XXI Editores, México, 1980, 339 páginas.
- José Cárdenas Rodríguez  
*Las políticas del desarrollo regional en México: el caso del Plan Chontalpa* (tesis), Escuela Nacional de Agricultura, Universidad de Guadalajara, México, 1980, 179 páginas.
- Centro de Estudios de Población y Desarrollo  
*Diagnóstico social y jurídico de la mujer en el Perú*, Lima, 1979, 204 páginas.
- Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica  
*Técnica y Humanismo*, año 1, núm. 1, México, marzo-abril de 1980, 48 páginas.
- Coordinación General de los Servicios Nacionales de Estadística, Geografía e Informática (CGSNEGI)  
*Bases informativas para la utilización del modelo de insumo-producto*; t. 1: *Bases informativas para el análisis de los cambios estructurales de la economía mexicana en el período 1950-1970*, SPP, México, 1980, 279 páginas.  
*Revista de Estadística y Geografía*, vol. 1, núm. 1, SPP, México, 1980, 158 páginas (trimestral).
- CGSNEGI-Cámara Nacional de la Industria de la Construcción  
*La actividad de la construcción en México/1980*, SPP, México, 1980, 167 páginas.
- CGSNEGI-Pemex  
*La industria petrolera en México*, SPP, México, 1980, 560 páginas.
- Phillip L. Hadley  
*Minería y sociedad en el centro minero de Santa Eulalia, Chihuahua (1709-1750)*, trad. del inglés de Roberto Gómez Ciriza, Fondo de Cultura Económica, México, 1979, 241 páginas.
- Instituto de Estudios Políticos para América Latina y África  
*El Salvador y su historia*, col. Con la lucha del pueblo salvadoreño, núm. 3, Madrid, 1980, 150 páginas.
- Interconexión Eléctrica-Asociación Nacional de Industriales  
*Manual de ahorro de energía en la industria*, Medellín, s.f., 140 páginas.
- International Energy Agency  
*Outlook for the Eighties. Summary of 1979 Review of Energy Policies and Programmes of IEA Countries*, OCDE, París, 1980, 38 páginas.
- International Trade Centre UNCTAD-GATT  
*The oil exporting developing countries: new market opportunities for other developing countries*; vol. 1: *Saudi Arabia*, Ginebra, 1976, XII + 133 páginas.
- Luis Macadar  
*La industria del cuero: un análisis de la política económica y el cambio técnico*, serie Estudios, núm. 12, Centro de Investigaciones Económicas, Montevideo, 1980, 95 páginas (mimeo.).
- Nassif Nassar  
*El pensamiento realista de Ibn Jaldún*, trad. del francés de Solón Zabre, Fondo de Cultura Económica, México, 1980, 277 páginas.
- Programa Centroamericano de Ciencias de la Salud  
*Cuaderno de salud ocupacional para trabajadores centroamericanos*, Editorial Universitaria Centroamericana, San José, 1980, 215 páginas.
- Juan Carlos Puig  
*Doctrinas internacionales y autonomía latinoamericana*, Instituto de Altos Estudios de América Latina de la Universidad Simón Bolívar, Fundación Bicentenario de Simón Bolívar, Caracas, 1980, 316 páginas.
- Monseñor Oscar A. Romero  
*"¡Cese la represión!"*, Editorial Popular-Instituto de Estudios Políticos para América Latina y África, Madrid, 1980, 214 páginas.
- Jorge Enrique Romero Pérez  
*La sociología del Derecho en Max Weber*, Universidad de Costa Rica, San José, 1980, XXIV + 329 páginas.  
*Partidos políticos, poder y derecho (Costa Rica)*, Editorial Syntagma, San José, 1979, 116 páginas.
- Jorge Ruda  
*Estudios de psicología dialéctica*, Programa Centroamericano de Ciencias de la Salud-Editorial Universitaria Centroamericana, San José, 1980, 243 páginas.
- United Nations Centre on Transnational Corporations  
*The activities of transnational corporations in the industrial, mining and military sectors of Southern Africa*, ONU, Nueva York, 1980, VI + 79 páginas.
- José Santos Valdés  
*Autobiografía y dos trabajos sobre educación mexicana*, s.p.i., México, 1980, 96 páginas. □